



La relación del milagro de los panes con la eucaristía es patente en los cuatro evangelios. El discurso del **pan de la vida** (domingo pasado y el anterior) se convierte en la preparación adecuada del **discurso eucarístico** (el domingo de hoy).

51. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne. Los discípulos se pusieron a discutir: ¿Cómo puede este darnos de comer su carne?

Mientras Jesús se mantuvo en la metáfora del pan, ellos creían comprender; podían aún interpretar que se presentaba como un **maestro de sabiduría** enviado por Dios. Pero Jesús ha precisado que **ese pan es su misma realidad humana (su carne)**, no una doctrina. Ya no entienden qué puede significar “comer su carne”. Carne y sangre equivale a la totalidad del hombre.

Jesús hace una nueva declaración, que explica la anterior: **comer y beber significan asimilarse a él**, aceptar y hacer propio el amor expresado en su vida (su carne) y en su muerte (su sangre). **En el éxodo de Egipto**, la carne del cordero fue alimento para la salida de la esclavitud, y su sangre liberó a los israelitas de la muerte por mano del exterminador (Éx 12,1-14). En el **nuevo éxodo**, la carne de Jesús es alimento permanente, y su sangre no libera momentáneamente de la muerte, sino, como su carne, **da vida definitiva, que la supera.**

53-54 Les contestó Jesús: Os aseguro que, si no coméis la carne y bebéis la sangre de este Hombre, no tenéis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.

Las palabras que el evangelista pone en boca de Jesús están en presente («**quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva**»): se refiere a una vida que ya **se puede disfrutar aquí**, antes de la muerte y antes de la resurrección prometida, ésa sí, para el futuro.

No se tiene vida si no hay asimilación a su persona. Aceptar a Jesús, adherirse a él, equivale a "comer", y significa asimilar su realidad humana, que se da al hombre en su vida y en su muerte. Y el Espíritu-vida que se recibe lleva al hombre a la misma entrega a la que lleva a Jesús.

55-56 Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Nos recuerda la Eucaristía. En ese contexto monta Juan el relato. La eucaristía va a aparecer con un doble aspecto: Por parte de Jesús **es el memorial** de su vida y muerte, es don que comunica su amor y su vida (el Espíritu). Por parte del discípulo es la **aceptación del don**; de este nace una experiencia de

vida-amor que se convierte en norma de su conducta; al aceptarlo, renueva su compromiso con Jesús y, en él, con el hombre. Jesús, alimento de su comunidad, produce en ella el amor, la entrega y la alegría festiva (cordero pascual).

57. Como el Padre que vive me envió y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí.

La vida que Jesús posee procede del Padre y él vive por el Padre, es decir, **en total dedicación al designio de Dios de dar vida al mundo** (6,39-40.51). Al disponer él mismo de la vida, la comunica a los suyos.

Jesús se entrega como alimento de esa vida participada del Padre, que ahora comunica a los creyentes. Esa vida está ya presente en el que cree y come, pero alcanzará su plenitud en la resurrección futura.

58-59 Este es el pan bajado del cielo y no es como el que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá siempre. Esto dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm.

Jesús, no ha venido a dar cosas, **sino a darse él mismo a la humanidad.** Por eso el pan que daba contenía su propia entrega, era la señal que la expresaba. Esta misma es **su exigencia para el discípulo**: Ha de renunciar a poseerse. Solo el que no tema perderse encontrará su vida. Y esta se recibe solo en la medida que se da, se posee en la medida en que se entrega.

La nueva sociedad no se producirá por una intervención milagrosa de Dios. **El amor de Dios se ha manifestado en Jesús-hombre y ha de seguir manifestándose por medio de los hombres**, con su esfuerzo y su dedicación.

El dato local, dicho al final del episodio, aparece como secundario y cierra las dos escenas: el dialogo con la gente (6,22-40) y la polémica con los judíos (6,41-59)

1. **Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré**

La muerte del otro es la única experiencia verdadera que el hombre puede tener. Mi muerte como acontecimiento no puede ser para mí una experiencia. Solamente en **la muerte del otro vislumbro la mía**. La muerte de Cristo es para mí luz y experiencia. Murió por mí. Por eso estas palabras son experiencia viva que tengo que revivirlas en mí.

Jesús no ha venido a dar cosas sino a **darse él mismo**. El pan simboliza su propia entrega. Jesús escogió ser pan partido y repartido para dar vida. ¿Por qué eligió este modo de recordar su muerte y resurrección y no otro?

Estas palabras son luz y alegría en nuestro caminar diario. Tengo vida desde ya y hasta siempre. El "pan de la vida" es el que me hace fuerte para seguir caminando en el éxodo personal y comunitario. Muchos de nosotros ya somos "mayorcitos" y estas palabras aportan confianza y serenidad.

- **¿Me creo, de verdad, estas palabras del Señor?**
- **¿Revitalizan el "cansado cansancio" de los años que ya tengo?**

2. **Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.**

La adhesión a Jesús no debe quedarse en lo externo. No es un modelo a imitar, sino **una persona que se interioriza**, que se mete dentro hasta las entrañas. Y esta comunión identifica al discípulo con Jesús.

Su cuerpo es un "**cuerpo entregado**" y su sangre es una "**sangre derramada**" por la salvación de todos. Es una contradicción acercarnos a "comulgar" con Jesús, resistiéndonos egoístamente a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés.

La experiencia cristiana consiste fundamentalmente en **alimentar nuestra vida en Jesús**, descubriendo la fuerza que encierra para transformarnos poco a poco a lo largo de los días. Jesús infunde siempre un deseo inmenso de vivir y hacer vivir. Un deseo de vivir con más verdad y más amor.

Y esta comunión especial con Jesús nos lleva a perdonar, a fiarnos de Dios, a ser solidario con los más pobres, a ser sencillos, cariñosos, humildes, alegres y generosos. **Y se nota quien lo vive**. Conocemos a mucha gente con las que da gusto estar, y desde su bondad, su sencillez y su amor a los más pobres, traslucen a Jesús. Solo se comunica lo que se vive, aunque no se digan palabras.

- **¿Me dejo transformar? ¿Qué impedimentos tengo que quitar?**
- **¿Noto que vivo con más verdad y menos tapujos y apariencias?**

3. **Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida**

El pan está hecho de granos triturados. Es duro por fuera, pero blando por dentro. **Se deja romper y masticar para ser alimento y ayudar a vivir**. No había símbolo mejor para expresar la entrega de sí mismo en bien de otros. No había símbolo mejor para expresar el sentido y el valor de su muerte en la cruz. Como el pan, así él moría para salvarnos, para darnos la vida.

Lo mismo pasa con el vino. La uva, cuando es estrujada, da lo mejor de sí misma. El vino se parece a la sangre y entra dentro del hombre y le llena de alegría el corazón. El vino es símbolo de la sangre y la sangre es símbolo de la vida. Jesús quiso simbolizar con el vino la resurrección. Él toma de nuevo la vida que ha entregado y la da, con su Espíritu, a los que le siguen. De esta manera los que participamos en la misa compartimos su muerte y su resurrección de un modo misterioso.

Por eso cogió el pan y el vino: para expresar el significado y el valor de su muerte y de su resurrección; Él entrega su vida por nosotros, para salvarnos. Más aún: **nos entrega su vida para que seamos como él**. Cada vez que repetimos este signo en la misa, se repite para nosotros la muerte y resurrección del Señor.

Así el discípulo, ya lo dijimos, tiene que considerarse a sí mismo como un pan que se da, y que para darse muchas veces hay que "romperse". El que se parte y se comparte. **Solo muriendo hay vida**. Solo menguando se crece. Y despojándose se tiene a manos llenas. Hacer de la propia vida un alimento disponible para los demás. Y tomar fuerza en la Eucaristía, donde se realiza ese gesto de amor, de entrega hasta dar la vida.

Y otro aspecto importante del que ya hemos hablado: la Eucaristía es **una comida compartida**, no es una cosa santa y sagrada, sino una "acción" que comporta un determinado simbolismo. En ella los comensales comen del mismo pan, que se parte y se reparte entre todos, y todos beben de la misma copa, que pasa de boca en boca desde el primero al último.

El hecho de partir el pan con otras personas, aparece como un constitutivo de lo que en realidad fue la experiencia de la eucaristía para las primeras comunidades. **Y lo hacían en las casas**. Se distingue el espacio sagrado del profano. La fracción del pan (la eucaristía) no está vinculada al espacio sagrado. Desde este punto de vista, la celebración eucaristía no es un "ritual religioso", sino **un símbolo comunitario**.

Y sacaron consecuencias de lo que representaba ese símbolo: poner en común todo lo que cada uno poseía. **Porque la Eucaristía es alimento, fraternidad y fiesta**.

- **¿Qué ideas nuevas se me ocurren para aligerar la carga de mis hermanos?**
- **¿Le doy la importancia debida a la Eucaristía? ¿Me da fuerza para la entrega y el compromiso?**

Juan García Muñoz (jgarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>